



EPIFANÍA DEL SEÑOR*

**“Postrándose le adoraron, le ofrecieron sus dones
y se retiraron a su tierra por otro camino”**

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 60,1-6; Efesios 3,2-3^a.5-6; Mateo 2,1-12

En el calendario de este año la fiesta litúrgica de epifanía se celebra el adelantándose al 6 enero. fecha en que tradicionalmente se celebraba la “Bajada de Reyes”, recordando la venida de unos “magos de oriente para reconocer y adorar” al Mesías nacido pobremente en Belén de Judá. Era fiesta muy arraigada en el mundo popular, y a imitación de los magos que ofrecieron sus regalos al niño Jesús, se intercambiaban regalos entre los familiares y amigos.

La fiesta es de origen antiguo, parece que ya se celebraba en las Iglesias de oriente a fines del siglo tercero. Con esa palabra –Epifanía- se quiere expresar la “manifestación” de Dios en Cristo Jesús, especialmente al mundo pagano, representado en el relato del evangelio de Mateo por los “magos” o sabios que vienen “de Oriente” a reconocer y adorar en Jesús al Mesías de Dios. Más tarde, y por influencia de algunos textos bíblicos que mencionan reyes que vendrían a reconocer al Dios de Israel, los magos se convirtieron en “reyes” y se les asignaron nombres y orígenes que expresaran la potencial universalidad del reconocimiento de Cristo. En este sentido, la fiesta de Epifanía recuerda hoy a la Iglesia su vocación misionera y evangelizadora, entendida ésta no en una perspectiva exclusivista y proselitista tipo “fuera de la Iglesia no hay salvación”; sino en la presentación de un testimonio que haga creíble y saludable para la humanidad el estilo y proyecto de vida, realizado y propuesto en Jesús. Para los sabios de oriente “la estrella” fue el signo que los guio y condujo a Belén. Habrá que preguntarse y discernir los “signos” que en nuestro tiempo pueden descubrir la presencia salvadora de Dios entre nosotros.

La primera lectura está tomada del profeta Isaías. Proclama con imágenes luminosas la nueva y gozosa situación de la Jerusalén liberada, a la vuelta del destierro en Babilonia: “la gloria de Yahvé sobre ti ha amanecido” y “caminarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu alborada”. Todas las naciones la reconocerán y

* Ciclo C

vendrán trayendo riquezas y tesoros, “llevando oro e incienso y pregonando alabanzas a Yahvé”. No es difícil reconocer que el texto de Isaías –luz, reyes, oro e incienso, alabanzas- haya podido inspirar la composición del relato mateo y permitido interpretar su sentido.

El texto permite considerar dos aspectos que estarán presentes en el resto del evangelio. Por una parte, el desasosiego que la presencia de Jesús suscitó en el mundo de los poderosos: Herodes y sus cortesanos, “los sumos sacerdotes y escribas del pueblo”. Conocían los textos de las Escrituras, pero no se dejaron tocar por lo que anunciaban. Lo constatamos más tarde en la vida del Jesús adulto: la resistencia de la institución religiosa para reconocer en su comportamiento tan humano la presencia del Mesías prometido de Dios. Por otra parte, es notable el reconocimiento de la fe de los paganos: “vimos su estrella en el Oriente y vinimos a adorarlo”. Oiremos más adelante el elogio que Jesús realiza de la fe de la mujer cananea y del centurión romano (Mt. 15.28; 8,10), concluyendo con el anuncio sorprendente: “Y les digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos” (8,11). El evangelio de Mateo culmina con el envío de alcance universal: “vayan y hagan discípulos a todas las gentes”.

Para aquellos “magos”, o sabios estudiosos del firmamento, la “estrella” les fue abriendo camino –no sin sobresaltos en Jerusalén, por buscar otros argumentos y seguridades- “hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño”. El signo definitivo fue, sin embargo, el mismo que movilizó a los pastores de Belén: “vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron”. Es un rasgo de la revelación y de la acogida de Dios. Se manifiesta no en lo poderoso y valioso a los ojos del mundo, sino en la sencillez y en la ternura; se acoge con espíritu de pobre y de infancia espiritual. No importa si eres pobre pastor o sabio. Lo que cuenta es la capacidad de salir de uno mismo al encuentro del otro, para reconocer y atender su debilidad. Allí, aun sin tematizarlo, se encuentra la manifestación de Dios: “lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt.25,40).

“Abrieron sus cofres y le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra”. Eran magos que venían del oriente. A nosotros nos toca discernir los dones a ofrecer hoy al Cristo presente en los más olvidados y vulnerables: sin duda el amor hecho solidaridad inteligente y concreta; el servicio a la causa de la justicia y la paz, realizado con gratitud y respeto; el anuncio ofrecido con humildad de la buena nueva del amor del Padre revelado en Jesús para una humanidad más fraterna y reconciliada.

“Se retiraron a su tierra por otro camino”. No volver a pasar por Herodes y sus proyectos de muerte. ¡Otra Navidad en pandemia! Salir de ella “por otro camino”: volver a la tierra de la cotidianidad, por el camino de la responsabilidad por los demás y del cuidado mutuo, por la recuperación de la esperanza de que es posible ser menos desiguales, más fraternos y solidarios.

“Epifanía del Señor”. ¿Cómo redescubrir y expresar esta manifestación del Dios de Jesús con una evangelización y con una pastoral de cercanía a la vida concreta de las personas, a sus sufrimientos y esperanzas, a sus búsquedas de sentido y de hermandad?

El texto de la carta a los Efesios, del entorno de Pablo, resume en fórmula breve y doctrinal lo que veníamos comentando en el relato de Mateo. Se lo designa como “el misterio de Cristo... revelado ahora: que los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús, por medio del evangelio”. Así, “él (Cristo) es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad” (2,14). Si bien el texto se refiere directamente a un aspecto estrictamente teológico: el amor gratuito de Dios no está limitado por orígenes y pertenencias religiosas, podemos ampliarlo sin traicionar su sentido a un ámbito más general y humano. La religión no puede justificar “muros” –ni físicos, ni sociales, ni religiosos- entre pueblos y entre grupos de personas. Más bien mirando la realidad penosa de las migraciones y desplazamientos forzados, internos y externos, con sensibilidad cristiana y humana, nada puede justificar la “enemistad” con que a veces se mira al extranjero, al extraño, al diferente.

Epifanía, manifestación del amor gratuito y universal de Dios en Jesús, el Cristo, no debería restringirse a ser solamente una fiesta religiosa del calendario cristiano. Es manifestación de Dios en lo humano, en lo frágil, en lo diferente. Invita a ofrecer los dones del reconocimiento, de la “amistad social” (*Fratelli tutti*), de la acogida, y a regresar a la cotidianidad del nuevo año “por otro camino”, cambiados en maneras de pensar y de vivir fraternalmente la convivencia con los demás.